

TODOS SOMOS AMERICANOS

Ernesto Barnach-Calbó

El discurso del Presidente Obama anunciando el comienzo del restablecimiento de relaciones diplomáticas con Cuba es una de las noticias estrella del año y ha suscitado numerosos y distintos comentarios, entre los cuales destaca el fin de la guerra fría entre los dos países. Sin duda, las consecuencias de diversa índole para toda América Latina e incluso más allá, serán significativas y es de esperar que el proceso empezado no se frustre. Sólo quisiera detenerme brevemente ahora en la novedad y trascendencia de la frase pronunciada por Obama en su discurso y que encabeza este artículo.

Al pronunciarla, el Presidente rompe con la tradicional diplomacia norteamericana hegemónica y excluyente con respecto a América Latina que constituye el aspecto tal vez más negativo de su polémica política exterior en general, producto de su excepcionalismo como nación. Si bien Washington y Jefferson insistieron en una política exterior neutral, la expansión de los colonos hacia el Oeste se forjó bajo la mesiánica doctrina del Destino Manifiesto y generó una guerra con México —al que se le despojó de la mitad de su territorio— y una relación permanentemente conflictiva con este país vecino. La Doctrina del Presidente Monroe en 1823 se dictó en realidad contra el intervencionismo de la Santa Alianza europea, pero bajo el lema de “América para los Americanos,” por lo que el yugo protector norteamericano se extendería a todo el continente. El político chileno Diego Portales expresó gráficamente su oposición a la misma al advertir: “para los norteamericanos del norte, los únicos americanos son ellos mismos.”

La llamada resolución del Secretario de Estado Richard Olney en 1895 reafirmó la citada Doctrina Monroe al considerar que “Los Estados Unidos son prácticamente soberanos en este continente” y el Corolario Roosevelt en 1904 —“política del gran garrote”— consagra la intervención directa e indistinta norteamericana en América Latina. Tras derrotar a España en 1898 y adquirir el estatus de gran potencia mundial, su intervencionismo fue creciente durante el siglo XX, sobre todo en el Caribe

y Centro América—el llamado “patio trasero”—, con diversas ocupaciones militares a menudo en apoyo de los dictadores de turno y, ya en la segunda mitad del siglo, colaborando con los golpes militares suramericanos — Operación Cóndor— al amparo de la Guerra Fría y la Doctrina de la Seguridad Nacional.

Si bien hubo breves periodos de mayor distensión, como durante la “Política del Buen Vecino” de Franklin D. Roosevelt en los años treinta, no es sino hasta finales del siglo pasado, tras la caída del muro de Berlín, que el intervencionismo norteamericano empieza a decrecer sin desaparecer del todo. La frase de Obama recién pronunciada parece marcar una inflexión en esta secular tendencia. Al admitir implícitamente que el término



América no es exclusivo de Estados Unidos —como afirmó José Martí en “Nuestra América”—, en un momento de creciente influencia de la población de origen hispano en su país, la tradicional invocación a “*God Bless America*” se dirigiría ahora y por primera vez a todos, norteamericanos y latinoamericanos juntos. Esperemos. ▣

Ernesto Barnach-Calbó. Abogado español, especialista en relaciones internacionales. Miembro a título individual del Consejo Español de Estudios Iberoamericanos (CEEIB). Ex-Director de Programas de la Organización de Estados Iberoamericanos para la Educación, Ciencia y Cultura (OEI), Madrid. Coordinador de Tertulias Americanas, Casa de América y Museo de América. Autor de *La lengua española en Estados Unidos*, OEI, Madrid, de *La minoría etnolingüística hispana en los Estados Unidos*, OEI, Madrid y de diversos artículos en revistas españolas y latinoamericanas.